

Nº 613
18
Abril
2022
Lunes



Pasad un alegre 14 de abril

Emilio Álvarez Frías

Con su gracejo acostumbrado, la vicepresidenta segunda del Gobierno y ministra de Trabajo y Economía Social, militante del Partido Comunista de España desde su nacimiento ya que sus progenitores lo eran, y miembro de Unidas Podemos y de Esquerda Unida por vocación propia, con ese buen deseo se dirigía el pasado 14 de abril a las mocitas y algún mocito de los que aparecen en la foto, al conmemorar la fecha de la proclamación de la Segunda República española. Más bien habría tenido que rezar un padre nuestro por los componentes de esa tropilla pues, probablemente, a estas al-



turas, ya deben haber cumplido los años de estancia en este mundo revuelto que es el planeta Tierra y, lo hayan querido o no, habrán tenido que pasar por la criba del más allá.

Es posible que pretendiera, en un momento de debilidad, desear un día lleno de felicidad a los millones de españoles que se echaban a la calle a presenciar o participar en las procesiones de la Semana Santa, en

un día como es el Jueves Santo, y la inclinación propia la escoró a los tiempos pasados que obsesivamente tiene en mente, cuando no pocos de los seguidores de la mencionada república irrumpían en las calles de toda España con el deseo de quemar iglesias, asesinar a monjas y sacerdotes, a españoles de todo tipo y condición que hasta entonces llevaban una vida discreta, iban a misa, y cumplían con las obligaciones con sus semejantes, sin meterse en barullos de ningún tipo o intentando mejorar la vida de la colectividad.

No sabemos si Yolanda Díaz se había escapado en esos días a disfrutar de las playas de su Galicia natal, si la evasión de sus obligaciones la había hecho a Benidorm al encuentro de no pocos de los trabajadores defendidos por ella desde su ministerio y partido, o discretamente tenía la intención de ver a los legionarios procesionar al Cristo de Mena, que no es de Mena porque en los primeros días de la Segunda República fue quemado en Málaga junto con

otros ornamentos sagrados, barbaridad que, seguramente, recuerda permanentemente.

Dios la ilumine estos días, y los que siguen, para que tome una trayectoria segura en la búsqueda de lo mejor para España y sus moradores. Llevándola a olvidar esas calificaciones que da de «extrema derecha» a los que no piensan como ella, y se dé cuenta de que donde se producen con mayor empuje las extremidades en política es en los que siguen el camino iniciado por su padre y, como buena hija, seguido por ella. Dado que ha estudiado la carrera de leyes, y luego ha intentado perfeccionar esos estudios con no pocos master o cursillos, debería poner como meta de su vida pública el análisis de dónde está lo mejor, en descubrir que la justicia encuentra su camino por rutas que no son las que ella lleva, y que para hacer el bien a los demás se empieza por renunciar a las ambiciones propias.



Por eso, nosotros,

Desde la Puerta del Sol deseamos a todos nuestros amigos una muy feliz Pascua de Resurrección

* * *

La Semana Santa explicada a los modernetes

Miguel Ángel Quintana Paz (*elSubjetivo*)

Director académico y profesor en el Instituto Superior de Sociología, Economía y Política (ISSEP) de Madrid.

Entre los cuentos más memorables de Anatole France se halla aquel que tituló *El procurador de Judea*. Su acción se ubica en Sicilia, durante nuestro siglo I. Dos amigos, entrados en años, se topan por uno de sus caminos. A un lado, Elio Lamia, de joven un travieso libertino, hoy en cambio filósofo epicúreo y respetable. Platicará durante toda la narración con el otro, viejo político de cierto éxito, hoy retirado entre las holganzas de su villa mediterránea. Será este interlocutor suyo quien dará título al relato. Pues su nombre es Poncio Pilato.

Poncio resulta ser un anciano achacoso y al que hoy consideraríamos antisemita: no cejará de arrojar contra sus antiguos gobernados, los judíos, toda suerte de reproches. Sabemos en efecto, según los historiadores, que sus diez años como prefecto (lo de «procurador» es una equivocación posterior) resultaron infortunados. La Historia no nos ha legado muchos más datos acerca de él; pero France idea una anécdota deliciosa al final de su librito.

Aunque ahora sea honorable y filosófico, Elio añora el vino y los amores juveniles. También aquellos que le deleitaron en Jerusalén. Mientras Poncio le agasaja, evoca ante él a cierta bailarina judía de melena pelirroja y voluptuosa cintura, que parecía vivir como «en un sueño a medias». Llegaría a obsesionarse tanto con esa mujer, que la perseguiría por tabernas de mala fama, campamentos romanos y callejas judías sin fin.

Un buen día, empero, aquella danzarina desapareció. Elio se lanzó a buscarla por doquier, desazonado: «costaba más desacostumbrarse de ella que del vino griego». Solo meses después averiguaría su paradero: «Me enteré por casualidad de que se había sumado a una tropa pequeña de hombres y mujeres que seguían a un joven taumaturgo galileo que se hacía llamar Jesús el Nazareo; lo crucificaron por no sé qué delito. Poncio, ¿te acuerdas de ese hombre?».

«Poncio entonces frunce el ceño, se frota la frente, rebusca en su memoria. Y luego, tras unos momentos de silencio, dijo: “¿Jesús? ¿Jesús el Nazareo? No lo recuerdo”».



Hoy no podemos sino sentirnos cercanos a ese Pilatos olvidadizo. Un Pilatos que fue personaje clave en una de las historias más rememoradas por la humanidad; más ni siquiera conserva, al final de sus días, mínima reminiscencia de todo aquello. Un poco como le ocurre a Occidente entero en nuestros días, acaso también sus últimos: protagonista indudable de la marcha de los hombres sobre la tierra, pero desmemoriado de su alto papel en ella.

Ahora, en Semana Santa, cabe comprobarlo una vez más. Al igual que con la Navidad (por no hablar de Pentecostés o la Inmaculada) nos rodean coetáneos que ni siquiera vislumbran el sentido de esas fiestas que sobreviven ahí, en el calendario, un poco por inercia, otro poco porque nos resultan útiles para dividir un trimestre de otro.

Ahora bien, a diferencia de las Navidades, gozo familiar que celebramos con la intimidad de los nuestros o al calor de los bares invernales, la Semana Santa, más primaveral, irrumpe en calles y plazas españolas, entre procesiones, nazarenos, velas, pasos, estandartes, costaleros y público que las inundan. Esto propicia que sus ya también tradicionales haters nos regalen cada año con quejidos aún más lastimosos.

Algunos llaman «muñecos» a esas joyas escultóricas de Gregorio Fernández o Francisco Salzillo que hermocean nuestras calzadas como nunca. Otros se reconcomen porque, en vez de procesionar, no estemos reivindicando en manifiestas el último derecho humano que ellos hayan inventado. Hay también quien arguye que la religión debe ser una cosa privadita, como muy metida dentro

de tu conciencia, algún crucifijo en tu dormitorio y poco más, no le des demasiada visibilidad pública, no vaya a ser. Incluso entre personas religiosas, a veces están mal vistas las masas que pueblan estas festividades: en su opinión, si no has acudido a misa cada domingo y fiesta de guardar (cosa que es evidente que cuenta con mucho menor éxito que las procesiones de estos días), entonces no has comprado la entrada que da acceso a todo cuanto pueda llamarse católico, cómo osas, pecador.

¿Qué podríamos decir a todos estos enemigos de nuestra Semana Santa, a estos señores Scrooge de la primavera, a todos estos Grinch de la Pascua? Hay algo en lo que tienen razón: ellos piensan como los modernos; quienes amamos celebrar estos ritos, en cambio, conservamos un modo de pensar antiguo. Pero es que, justo en estas cosas, es el modernete quien camina en tinieblas, deslumbrado por las luces de su razón; mientras que el antiguo, incluso el salvaje de otros pueblos, nuestros acientíficos antepasados, son quienes sí atraparon el sentido de un ritual. Pues ellos carecen de una traba que atenaza el cerebro de nuestro moderno, pero él exhibe sobre su cabeza como si fuera una tiara.

¿Cuál es esa traba? Nuestro moderno considera que solo hay dos motivos para actuar sobre esta tierra. Se corresponden con la dualidad bajo la que él organiza el mundo: lo objetivo y lo subjetivo.

En el mundo de los objetos, si actuamos es para conseguir aquello que deseamos, manipulando las cosas con miras a ese fin; es donde hemos de ser pragmáticos, vaya. En esa realidad la pregunta básica es siempre: ¿para qué haces eso, qué logras con ello? Los más listos se manejan bien en el mundo y obtienen cosas; a los menos listos, les va mal, deberían espabilar.



La otra parte en que divide el mundo un moderno es su interioridad, el teatro interno de sus emociones, lo que siente y piensa. Ese mundo también puede redundar en actos exteriores: a eso se le llama «expresarse», «opinar». Si doy un grito o sonrío o hablo de lo que me gusta, traslado hacia lo externo mis sentimientos interiores; si se me inquiera sobre por qué lo hago, bien puedo aducir que es solo para manifestarme. La pregunta adecuada en esta realidad no es ya, pues, «¿para qué sirve?», sino «¿estoy siendo auténtico, estás siendo sincero cuando así te expresas, te quedaste a gusto después?».

Este esquema, demasiado sencillo, de actuación constituye la traba que impide a un moderno comprender los ritos. Porque un rito rompe esa dualidad tan simplona. Y por eso lo malinterpretan quienes permanecen presos de ella.

Así, nuestros pragmáticos, cuando observan un rito se preguntan: ¿para qué sirve? ¿Qué vas a conseguir con eso? ¿Sacas una virgen en andas, o recorres con un cristo media ciudad, para caer bien a Dios? ¿Para que no llueva? ¿Para borrar tus pecados? ¿Para qué diantres? ¿No es un poco absurdo que hagas justo eso para lograr justo esas cosas?

Los ritos de Semana Santa tampoco se prestan bien a la segunda opción que nos da un modernete de por qué hacer cosas: la expresiva. Un rito suele estar muy marcado en cada uno de sus momentos: al inicio se hace esto y aquello, luego lo otro, más tarde todos acabaremos así. Esas reglas del rito chocan con el empeño moderno en expresarnos cada uno a nuestro aire, para ser así más «auténticos», más «genuinos». Al sumir mis acciones en las acciones de todos, el rito parece caminar en contra de esa cosa tan sacrosanta hoy llamada «mi individualidad». Y por eso el modernete también lo denuesta. «Qué estupidez, caminar todos a una, sumirte en la masa, estar constreñido para no poder expresar tus sentimientos más personalitos, con lo importantitos que son».

El modernete, pues, se ríe del rito porque, en efecto, un rito es risible si lo analizas bajo el esquema de o bien «hacer cosas prácticas», o bien «expresar tu personalidad más particular». Mas el error, lo risible, es limitarse a esas dos etiquetas, como si fueran capaces de explicárnoslo todo. Cuando solo explican la vida limitada que arrastra quien se las cree.

Pues he aquí un tercer motivo para hacer las cosas, ignorado por la mente moderna: consiste en, mediante ellas, salir de nuestra vida cotidiana; de la inquietud que inunda nuestros días y nuestras noches tanto por resultar útiles, como por expresar nuestro yo. De hecho, justo porque nos saca de nuestra vida cotidiana, gustamos de colocar el rito en días de fiesta. Ya no hay que estar obsesionados por alcanzar logros o por «ser nosotros mismos»; descansenos de nuestras metas y de nuestra personalidad; sumámonos en algo más grande que esas menudencias: en lo festivo, en lo que nos acomuna con los otros, en lo que se hace porque sí, como también estamos vivos solo porque sí.



De hecho, el rito se parece así a la vida misma: no nacemos, ni crecemos, ni nos reproducimos, ni morimos «para algo»; hacemos todas esas cosas porque en eso consiste vivir, y vivir está bien. No es casualidad por tanto que los ritos nos acompañen sobre todo en los momentos especiales; o conmemoren, como en Semana Santa, momentos especiales en la vida de un hombre especial.

Al sacarnos de las preocupaciones del mundo o de nuestras preocupaciones personales, y dado que las primeras son a menudo enojosas, y las segundas

psicóticas, el rito resulta pues liberador. Tiene algo de divino. De salvador. Nos permite vivir una vida diferente a la que llamamos vida; aunque no lo hace como una droga ni como una ficción: no nos transporta a una realidad por completo ajena, de colorines, que se evapora en cuanto pasen los efectos del opio o se acabe la película. Ya lo hemos apuntado: por el contrario, el rito nos agarra con más fuerza que nunca a los acontecimientos más reales de nuestra vida real. Cenas compartidas en amistad, miedo ante el futuro, soledad ante la masa, traición de un amigo, dolor intenso, muerte, reencuentro con un amado: todos esos lugares, los más reales de nuestra vida, son aquellos por los que pasamos durante los ritos de la Semana Santa. Lo hacemos sin necesidad de esforzarnos por revivir, internamente, tales momentos: están ahí afuera, en los pasos y las celebraciones, materializados, revividos ya.

Hemos sacado nuestras vivencias de nuestras cabecitas agitadas y las paseamos por las calles de nuestras ciudades. Externalizamos lo más íntimo de nuestra vida. Lo hacemos de todos. Suenan los tambores y las trompetas: todo lo que nos ocurre por dentro, sucede ya por fuera también. No soy yo, no somos ni siquiera nosotros los que nos expresamos (¡sería tan difícil ponernos a todos de acuerdo!): lo hace el rito en nuestro lugar, la materia misma; lo cual nos descansa y nos agarra a la vida a su vez.

* * *

Cuando los rojos quemaron el «Cristo de Mena». Apunte histórico de memoria

Enrique López Bermejo de Torres (*Tradición Viva*)

Que no nos engañen. Los medios se empeñan en hablar del «Cristo de Mena» que hoy procesionaran los Caballeros Legionarios en Málaga. Sobre todo 13-TV, la televisión «episcopal» lo remarcan, olvidando la verdadera y dolorosa Historia.

El 12 de mayo de 1931, al «celebrar» la proclamación de la II República, socialistas y comunistas, asaltaron, profanaron, saquearon y quemaron unas 40 iglesias en Málaga.



Con un odio salvaje a nuestra Historia y a la religion catolica, estos nuevos bárbaros, arrasaron con un incalculable tesoro religioso y artístico, entre esta barbarie desatada fue quemado el Cristo de Mena.

El Cristo al que ahora se rinde culto es obra del imaginero Palma.

Cuando ahora tanto se habla de «memoria histórica» – de una manera sectaria y falsificada– conviene que los españoles tengamos muy presente salvajes hechos cometidos durante la no menos falsificada II República y antecedentes de la Guerra de Liberación.

* * *

La «industria política» no es Estado de Bienestar

España es un 10 por ciento más pobre que hace un trimestre pero el Gobierno se niega a hacer ajustes del despilfarro político que explica por qué padecemos uno de los cinco esfuerzos fiscales más altos del mundo

El Debate

El contraste entre la inflación, disparada ya en las lindes del 10 por ciento, y la imagen del Gobierno de vacaciones, resulta insoportable y estéticamente deplorable: no se puede tener a un país sumido en la excepcionalidad económica y, mientras, quienes deben atender esa situación de asueto.

O peor aún, vertiendo antes de desaparecer falacias tales como la expresada por Pedro Sánchez, según la cual el recibo de la luz está en las cifras de 2018.

La trampa de utilizar los precios del mercado libre para hacer media con las desbocadas tarifas reguladas y, además, restarle la inflación y cuadrar con ello los números; evidencia la naturaleza de un Gobierno más preocupado por maquillar el sistemático fracaso de sus compromisos que por solventar los problemas.

Lo cierto es que un español es hoy un 10 por ciento más pobre que hace tres meses y que, aunque la inflación golpea en todo el mundo, aquí es entre cuatro y seis puntos más elevada que en los países de su inmediato entorno, como Portugal, Francia o Italia.



Y lo cierto es que, ante esos sobrepuestos, la única reacción del Gobierno es intentar hacer creer a los españoles que no es cierto lo que ven con sus propios ojos y sufren en sus maltrechos bolsillos: escuchando a cualquier portavoz de Sánchez, se diría que casi es una buena noticia la inflación porque gracias a ella el Estado bate récord de recaudación y puede así sustentar los servicios públicos.

La realidad es que, mientras la sociedad se empobrece, el gasto familiar sube un 12 por ciento en pocos días y se confirma el cierre de hasta 10.000 pequeños negocios en unas semanas, el Gobierno se niega a reducir el esfuerzo fiscal vigente, uno de los cinco mayores del mundo, con una excusa desmontable desde los hechos y las cifras.

Porque todo lo que ingresa el Estado va, además de a sanidad, educación, seguridad o cualquier servicio ciertamente indispensable; a sostener un derroche inasumible e ineficaz resumido en una imagen icónica: la del propio Gobierno y sus 22 ministerios, una decena más de los que tiene Alemania.

España necesita otra política económica, pero además decencia en el debate público sobre ello: si no se parte de la realidad y del exhaustivo análisis de cómo se justifica cada impuesto y cuál es su destino constatable; es imposible proceder a la reforma estructural que la situación reclama a voces.

Porque si algo pone en entredicho el Estado de Bienestar no es la reducción del descomunal gasto público superfluo; sino el mantenimiento del derroche en la «industria política» que vive de él, lo debilita y se lucra de la miseria que, por todo ello, va generando.

* * *

Un catedrático de Constitucional fulmina a Sánchez: La ruina del parlamentarismo

El líder del PSOE sigue aferrado al uso y abuso del real decreto para gobernar a espaldas del control del Congreso. Y un experto le desenmascara por su afición al «orden y mando».

M.B. (*ESdiario*)



El presidente Sánchez gobierna de forma personalista, atribuyéndose funciones que son del Gobierno como órgano colegiado, relegando al Parlamento a un lugar secundario y orillando al Jefe del Estado».

Tan demoledor diagnóstico no lo suscribe un miembro del PP o de Vox. Lo firma todo un catedrático de Derecho Constitucional, el prestigioso Javier Tajadura, que este jueves suscribe un artículo en el diario *El Correo* bajo el revelador título de *La ruina del parlamentarismo*, toda una enmienda a la totalidad a las maneras de gobernar de Pedro Sánchez.

Tajadura denuncia que «el impero de la ley ha sido reemplazado por el imperio del decreto-ley», que, añade el experto, «se utiliza de forma sistemática aunque no exista urgencia objetiva alguna».

* * *

Decir la verdad: un acto revolucionario

«En nuestro mundo, mentir sobre cualquier asunto, con el fin de lograr un objetivo, se ha convertido en algo tan natural como respirar»

Javier Benegas (*elSubjivo*)

Publicista, escritor y editor



Cada vez más personas se sienten desconcertadas por la sucesión de crisis que, primero, se manifiestan en su forma material, a través de la economía, para después golpear con fuerza las instituciones políticas y la confianza en el sistema. Nuestro mundo se ha convertido en un gigantesco

gallinero, donde corremos de un lado a otro sin orden ni concierto, como pollos sin cabeza, ensordecidos por un estruendoso cacareo. ¿Qué está pasando?, nos preguntamos sumidos en la angustia, ¿por qué todo lo que parecía sólido se desmorona sin remedio?

Las explicaciones se suceden con tal prodigalidad que más que llegar se precipitan sobre nosotros. Las hay que atienden a fenómenos de gran alcance cuyas consecuencias son imprevisibles, la emergencia del populismo, el nuevo orden mundial, el reequilibrio multipolar, el auge del autoritarismo, la guerra cultural... Otras señalan al orden interno de nuestras democracias, su corrupción, sus desigualdades y sus déficits de «justicia social». Finalmente están las que se remiten a nuestra esencia más íntima, a la decadencia moral, a la sustitución de la fe religiosa por la adoración del bienestar material y del consumismo. Todas estas explicaciones, sin embargo, plantean a su vez nuevas preguntas complejas y profundas, en vez de proporcionar algún alivio.

Pero más allá de los enfoques teóricos más o menos consistentes con los que se pretenden descifrar nuestra crisis, prevalece en el fondo un problema completamente ignorado: la normalización de la mentira. En nuestro mundo, mentir sobre cualquier asunto, con el fin de lograr un objetivo, se ha convertido



en algo tan natural como respirar. Se miente constantemente, a todas horas, por todo y para todo; los políticos, para permanecer en el poder o para acceder a él, para ganar votos o para no perderlos; las élites, para asegurar su posición o, si es posible, mejorarla; y el común, para obtener lo que considera justo o

lo que, sin serlo, considera que le corresponde por derecho.

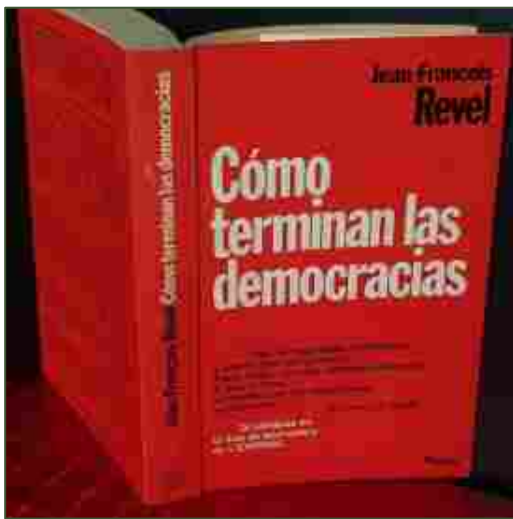
Las encuestas mienten constantemente en beneficio de los políticos. Lo hacen para que un mal gobierno puede comunicar que, pese a cualquier evidencia, el público es idiota y lo reconoce como bueno. Y lo hacen también para que los que aspiran a gobernar pueden trasladar la idea de que un simple cambio de nombre ha catapultado su intención de voto. Las grandes empresas mienten con desparpajo a través de sus campañas de responsabilidad social asegurando que su verdadera vocación es construir un mundo más igualitario, más verde, más sostenible, más justo cuando el santo y seña de cualquier negocio es el beneficio, y hay que sospechar de las corporaciones que repiten como loros consignas políticas. Las personas corrientes también mienten al enaltecer sin medida sus convicciones y denostar las de los demás, porque, a la hora de la verdad, casi nadie antepone sus principios a la evitación de cualquier perjuicio.

Siguiendo esta dinámica, el presidente del Gobierno afirmaba recientemente que, si descontamos la inflación, el precio de la electricidad no ha subido. Lo que viene a ser lo mismo que decir que, si descontamos los dos últimos años,

no somos dos años más viejos. Una mentira más, aunque con vis cómica, de las muchas que se proyectan sobre una sociedad acostumbrada a que la mientan y a mentirse a sí misma, y para la que la mentira y el mentiroso se han convertido en parte del paisaje y del paisanaje, respectivamente.

En resumen, mentir se ha convertido en un recurso omnipresente, una herramienta imprescindible en la consecución de cualquier logro. Forma parte de la estrategia de numerosas organizaciones políticas y privadas, pero también de demasiados individuos, hasta el punto de que la mentira y el éxito se perciben casi complementarios. Esta afición al engaño ha llegado a ser tan popular que hemos interiorizado que mentir es inevitable y, por consiguiente, que todo el mundo miente. Ya no nos preocupa la mentira sino saber por qué se miente para decidir en qué lado colocarnos.

Es cierto que la mentira no tiene el mismo alcance si se proyecta desde el poder que si proviene de un particular que busca obtener con ella un pequeño beneficio. En este sentido, tenemos razón al quejarnos de que se nos mienta constantemente, y en denunciar que nuestra desdichada situación es consecuencia de los abusos del poder. Sin embargo, por sí mismo el poder no normaliza la mentira, a lo sumo puede imponerla. La normalización necesita la cooperación de muchos. Por lo tanto, si la mentira se ha institucionalizado, es porque muchos han cooperado. Y lo han hecho con tanto entusiasmo que han convertido el cinismo en la actitud dominante de nuestro tiempo. Solo así se explica que seamos incapaces de ponernos de acuerdo en las verdades



más elementales, como, por ejemplo, que subir impuestos en momentos de grave recesión agrava y prolonga las crisis, o que, respecto a la invasión de Ucrania, muchos abominen de los ucranianos excusándose en que no son puros; es decir, que también mienten.

Este último caso ha llevado la mentira al paroxismo, porque para renunciar a las falsedades que se vierten desde el Kremlin, los partidarios de Rusia exigen a la otra parte una pureza imposible. Ellos no repudian a sus padres o a sus hijos por no ser perfectos, ni dejan de sentir afecto por los suyos, aunque no estén

completamente libres de impurezas, sin embargo, niegan la humanidad al resto. Pero, con su afirmación de que «en esta guerra no hay buenos y malos», nos dicen que en la guerra de Ucrania nadie es puro y que, por lo tanto, no hay una causa justa. Si acaso, propaganda. Más aún, nos dan a entender que todo es verdad y todo es mentira al mismo tiempo, saltando del relativismo moral al siguiente estadio: una moral cuántica en la que el gato de Schrödinger se les aparece vivo y muerto simultáneamente, y así pueden escoger según sus preferencias, prescindiendo de la verdad... y de la ética.

Hace ya bastantes años Jean-François Revel escribía que la democracia no puede existir sin una cierta dosis de verdad, que no puede sobrevivir si esa

verdad queda por debajo de un umbral mínimo. En su opinión, la democracia, que se basa en la libre determinación de las grandes opciones por la mayoría, «se condena a sí misma a muerte si los ciudadanos que efectúan tales opciones se pronuncian casi todos en la ignorancia de las realidades, la obcecación de una pasión o la ilusión de una impresión pasajera». Y añadía en otra parte que la democracia se suicida si se deja invadir por la mentira, mientras que el totalitarismo lo hace si se deja invadir por la verdad.

Recurro a Revel para señalar que la superación de nuestra angustia, sea material, moral o existencial, no pasa por abundar en la ingeniería social de los últimos tiempos, tampoco por la asunción de un populismo milagroso, mucho menos por alistarse en el extremismo antidemocrático, sino por recuperar ese umbral mínimo de verdad sobre el que Revel nos advertía y que, en algún momento, perdimos por completo. Esta es la mejor receta que se me ocurre para que nuestra crisis no se vuelva crónica. Puede parecer poca cosa, pero no lo es en absoluto.

* * *

Fallece Enrique de Aguinaga, maestro de periodistas

Decano de los cronistas de la Villa, fue fundador y primer director del master de ABC

Sara Medialdea (ABC)

De entre todos los maestros de periodistas, Enrique de Aguinaga (Valverde del Fresno, 1923-Madrid 2022) es sin duda de los más queridos. Especialmente en esta casa de ABC, donde fue fundador y primer director del Máster en el que se han formado tantos profesionales. Aguinaga era, en el momento de su fallecimiento, el decano de los cronistas de la Villa. Y con ellos y el alcalde, José Luis Martínez Almeida, se reunió hace apenas unos meses por última vez. El mismo día en que otro de los cronistas, Ángel del Río, abandonó ese mismo encuentro por sentirse mal y fallecía horas después.

Enrique de Aguinaga fue maestro de periodistas y padre también de periodistas. Catedrático Emérito de Periodismo de la Universidad Complutense, seguía impartiendo másters de Doctorado.

Fue uno de los promotores de la Real Asociación Española de Cronistas Oficiales, y participó también como miembro en el Instituto de Estudios Madrileños. En enero de 1996 ingresó en la Real Academia de Doctores de España, con un discurso sobre la «Dimensión científica del periodismo».



Además de la docencia y el estudio teórico del periodismo –que le inspiró varios libros como *Los alcaldes de Isabel II*, *Periodismo y periodistas en el Madrid de la Primera Restauración* o *Madrid, empresa nacional*–, también lo ejerció en la práctica, desde medios como *Arriba*, *La Vanguardia*, *La Voz de Madrid*, *Ya*, *La Hoja del Lunes*, o *Radio Nacional de España*, y como director de *La Ilustración de Madrid*.



Aguinaga era el socio número 1 de la Asociación de la Prensa de Madrid (APM). La ciudad a la que se dedicó profesionalmente durante toda su vida le ofreció un homenaje el pasado octubre,

presidido por el alcalde José Luis Martínez-Almeida, en el Museo de Historia de Madrid.

En aquella ocasión, el periodista decidió donar al Museo los fondos de su biblioteca personal dedicados a Madrid; su archivo de trabajo, con infinidad de recortes de prensa, fotografías, programas, folletos y documentos diversos relacionados con Madrid, y una colección de cartas y dibujos del escritor madrileño Ramón Gómez de la Serna. Tras décadas «al pie del Ayuntamiento», en el que «entré por primera vez en agosto de 1948» y por el que había visto pasar a 14 alcaldes, lo consideraba «más que en acto de generosidad, en acto de restitución de lo debido».

Su etapa como cronista de la Villa se inició en 1954, bajo la Alcaldía de José Finat y Escrivá de Romaní, Conde de Mayalde. Desde entonces, ejerció el cargo con su particularísimo estilo, y así ha continuado hasta ahora, cuando cerca ya de cumplir los cien años, ha fallecido.

* * *